

Viaje en moto por Sudamérica (III)



El autor del reportaje, en el Salar de Uyuni, en Bolivia, el desierto de sal más grande del mundo. | MIQUEL SILVESTRE

Salar de Uyuni, espejo del todo y la nada

Los inmensos espacios abiertos constituyen un paisaje inolvidable que empequeñece al aventurero

◆ Miquel Silvestre

La nada es una perfecta representación del todo. Enfrentado al universo infinito lo que uno halla es la finitud personal de los miedos y las incertidumbres que se arrastran desde la infancia. Es un fenómeno que en la Tierra sólo ocurre con los desiertos. No hay nada más diverso que un desierto. Sus paisajes son cambiantes de continuo. Ofrece el todo cuando se supone que es la nada.

Encuentro mi ser más íntimo en la soledad de los desiertos. He cruzado muchos de los más famosos del mundo. El Sahara occidental y el oriental, el de Atacama, el del Colorado, el Mojave, el Kalahari..., en todo ellos me sentí más yo que nunca, mecido entre la euforia y el pánico.

Por eso tenía tantos deseos de encontrarme ante el Salar de Uyuni, el desierto de sal más grande del mundo. El suelo blanco estaba cuarteado en losetas octogonales que semejasen un puzzle y en el horizonte sin promontorios se apreciaba la curvatura del planeta que dedujo Eratóstenes. Ya no era época de lluvias, pero aún quedaban algunos charcos de ese agua que semeja ser un espejo del cielo. El reflejo de las nubes difuminaba la línea real que nos separa del firmamento.

Las líneas fugaces que tracé en la nada me devolvieron de nuevo la conciencia de mi verdadero yo en el todo.

Ollagüe, el volcán que lleva al centro de la tierra. Los volcanes son chimeneas que se hunden más allá de la corteza terrestre. El magma es la sabia incandescente del planeta. Conectan con lo telúrico y lo incontrolable. Para tranquilizarnos, dicen en los medios de comunicación que la mayoría está inactiva. Es una mentira piadosa. Un volcán nunca se extingue.

Su silueta cónica funciona como punto de referencia en la inmensidad. Imposible perderlos de vista. Nos vigilan y nos atraen. Tras cruzar el salar de Uyuni, me dirigía a Chile y la única noción clara que me daban los lugareños era el nombre de un volcán: Ollagüe. No señalaban pueblos o carreteras, sino una de esas montañas truncadas en el lejano horizonte a la cual había de llegar por pedregosas pistas sin asfaltar que de pronto se alisaron en una durísima lengua de sal.

La jornada se eternizó entre piedras, salares y baches. Todo era incierto a mi alrededor, salvo la silueta creciente del Ollagüe. Cuando ya estaba exhausto y medio loco, apareció la frontera, partiendo una vía férrea



Atravesando el desierto de Atacama, en Chile. | MIQUEL SILVESTRE

donde languidecían destruidos vagones de madera. Antes de cruzar, entré en uno de ellos como Jonás en el vientre de una ballena podrida que dejara al aire sólo la enorme osamenta. A través de las ventanillas sin cristal contemplé la desolación que me rodeaba, con sus mágicos colores tornasolados del atardecer.

Atacama. La geografía americana, que no tiene igual en el mundo. Todos los continentes tienen algo que los hace únicos. África ofrece los animales salvajes, Europa y Asia, la riqueza monumental que se hunde en una historia milenaria, pero América es

sobre todo sinónimo de grandiosidad. Los paisajes que aquí se contemplan son tan inmensos que te dejan boquiabierto.

Recorriendo Atacama no puedo evitar comparar lo que veo ahora con otros muchos desiertos que he visto en África u Oriente Medio. Recuerdo el Sahara Occidental, Libia, Túnez, Egipto, Jordania, Siria..., y la impresión que tengo es que Atacama contiene todos esos paisajes.

Por Atacama pasó un extenuado Diego de Almagro en su regreso a Perú tras la desastrosa expedición a través de los Andes en 1530. En esa durísima y gélida travesía, el explorador perdió a gran parte de sus hombres

y casi todos los caballos. Cuando por fin consiguió descender de esa gran cordillera que tengo a mi derecha y encontrarse con este desierto, se dio cuenta de que ninguna riqueza podría encontrar aquí.

Como reconocimiento al esfuerzo de sus soldados, encendió una fogata y en una ceremonia solemne quemó las escrituras que documentaban las deudas que esos hombres habían contraído con él.

Perú, escenario de lo sublime y lo perverso

Perú, país dividido entre la abrupta cordillera y el desierto. En Perú se alumbraron las primeras civilizaciones amerindias, en Perú emergió el imperio indígena más poderoso, en Perú se vieron gestas conquistadoras de enorme valor y también terribles hechos criminales.

Trescientos españoles pudieron derrotar a todo un imperio de más de 30.000 guerreros. Imputar ese éxito fenomenal a las armas de fuego o al caballo es empeñarse en no ver. Muchos otros conquistadores fracasaron antes. Pero Pizarro aprovechó el resentimiento indígena de los pueblos sometidos contra los incas, un poder dictatorial y despótico que se imponía a sangre y fuego. Para los pueblos del Perú, el español parecía un libertador. En 1532 Pizarro se encontró en Cajamarca con el emperador Atahualpa. El Inca ofreció llenar un cuarto hasta donde alcanzara su mano. Dos veces de plata y una de oro. El rescate más cuantioso de la historia, más de 500.000 millones de euros. A pesar de haber pagado, Francisco Pizarro, convencido por sus capitanes y movido por la razón de Estado, urdió un simulacro de juicio y ejecutó al Inca. El cronista Pedro Pizarro, primo del adelantado, cuenta que ese día dos hombre lloraron: Atahualpa, por su vida, y el marqués, porque sabía que mataba a un inocente.

Frente al cuarto del rescate siento la angustia del cautivo como si su espíritu siguiera aquí encadenado. He seguido durante los últimos seis años de mi vida a los exploradores españoles por todo el mundo, he defendido sus méritos y valor, incluso he justificado muchos de los actos de conquista porque creo que no podemos enjuiciar lo que pasó hace 500 años con criterios morales modernos; en aquella época el fuerte se quedaba con lo del débil. Así era para los incas y así para los españoles. Sin embargo, hechos como el asesinato de un rehén me obligan a un sentido reconocimiento. Hemos venido hoy hasta Cajamarca a pedir disculpas al espíritu cautivo de Atahualpa.